



Verdaderamente queda uno sorprendido tras la lectura de *El hombre que cabía en la palma de su mano*, un libro que sobresale no solo por la calidad literaria de sus textos o por las ilustraciones en blanco y negro de Riki Blanco que se funden y compenetran a la perfección con los componentes verbales, sino también por su diseño, tipografía y estética.

Nos encontramos ante el primer libro de microrrelatos de Francesc Barberá Pascual, escritor valenciano que llegó a este género literario a través de la participación en distintos concursos que le permitieron cultivar el ingenio, el humor y los juegos de palabras. Como no puede ser de otra manera, utiliza pocas palabras, si bien la brevedad –característica fundamental de este género literario– no limita el gigantesco simbolismo y hondo significado que alcanza; es este un rasgo que otorga personalidad a este volumen, que es fiel al estilo de las *greguerías* de Ramón Gómez de la Serna; la ironía, el sarcasmo y el humor inteligente son, entre otros, algunos de los ingredientes de estas microscópicas historias, que giran sobre dispares situaciones en las que el ser humano toma el protagonismo y a través de las cuales busca el escritor trascender a lo universal de la condición humana; aunque cada una de estas miniaturas narrativas abordan temáticas variadas (el amor, la muerte, el engaño, el divertimento, el tiempo, etc.), comparten un elemento común: el interés por el humano y sus sentimientos.

La construcción irónica y los dobles sentidos presiden los títulos de estas piezas narrativas, que inicialmente nacieron sin este elemento paratextual y que solamente, tras la decisión de reunir las en un volumen impreso, los recibieron; constituyen parte importante de la obra, pues no solo entablan diálogo con la historia narrada por medio de la comparación, la metáfora, la paradoja o la contraposición de ideas, sino que también proporcionan las claves necesarias para una adecuada interpretación lectora; sobresalen los titulados “Teddy”, “Receso”, “Desencuentro”, “E-book”, “Microteatro” y un título de cierre que no deja indiferente al lector, a pesar de su simplicidad, “The end”.

El título genial que cobija estas piezas narrativas le fue inspirado al escritor por la propuesta que lanzó un usuario de Twitter bajo el *hashtag* #relatítulo: la escritura de una narración que constara solo de título; la imagen del hombre que cabía en la palma de su propia mano se impuso con tal fuerza que alumbró, tras un proceso de depuración estilística, el paratexto que cobija los microrrelatos que configuran este volumen.

Amplio conocedor de la tradición literaria, el imaginario del escritor bebe de una gran diversidad y riqueza de fuentes. Las piruetas verbales y los juegos léxicos, el ingenio, los giros lingüísticos, las metáforas y la ironía vertebran este libro, que reúne más de cien microrrelatos, en los que Barberá hace un proverbial empleo de la elipsis y de la concisión.

Los juegos lingüísticos y visuales presiden algunos microrrelatos, como “El ahorcado”, donde el ingenio gráfico precisa la colaboración activa del lector para completar los huecos de las palabras, como si de un juego del ahorcado se tratase; “El terremoto de Lorca”, donde las palabras aparecen movidas; o “Ternura”, donde despliega un juego de palabras para aludir al amor que se profesan los caníbales. En otras ocasiones recurre el escritor a la desactivación metafórica, como en “Sinsabores”, “Ligados”, etc. Asimismo, con su gusto por la novela negra, otros microrrelatos están

vertebrados por la ironía y cierto tono macabro; destacamos los titulados “La búsqueda”, en el que Adolf Hitler encuentra al amor de su infancia en una calavera; “Don”, donde ironiza con la extirpación de un corazón porque no cabía en el pecho; “Deseo ardiente”, donde la ironía para referirse a la relación entre el presidente Kennedy y Marilyn Monroe; “Cortesía”, en el que un caballeroso sicario cobra sus primeras víctimas entre mujeres y niños. Las tramas de otras miniaturas narrativas versan, no sin jocosidad, sobre algunos quehaceres cotidianos, como hacer la compra o el propósito de año nuevo que nadie llega a cumplir.

Tan relevantes son los microrrelatos y las ilustraciones como el diseño gráfico de este libro, que es una metáfora ilustrada de la complejidad de las relaciones humanas. Las dieciocho ilustraciones de Riki Blanco tienen una doble función; en primer lugar, el dibujo, las formas y las tonalidades acompañan el sentido del texto, ya desplegando el juego metafórico o la antítesis; y, en segundo lugar, poseen identidad propia, pues podrían ser interpretadas por el lector al margen del componente verbal, como observamos en las que acompañan a “El ahorcado”, “Cómplice” o “Juego de niños”, entre otros. Los colores elegidos, negros y blancos –me atrevo a aventurar– están impregnados de significado, en clara alusión al abismo y a la inmensidad del universo que nos absorbe; el color negro, que prevalece desde la portada a la contraportada, se identifica con la inmensidad del universo, que contiene la invisible materia oscura y que comparte el espacio metafórico con la sustancia gris del cerebro.

*El hombre que cabía en la palma de su mano* es una máquina bien engrasada en la que los títulos, las historias narrativas, los espacios y las ilustraciones pueden funcionar como entidades autónomas independientes, al mismo tiempo que permanecen estrechamente entrelazadas; todos los componentes (textuales, cromáticos, visuales, estético) cobran sentido pleno tras haber sido engarzadas por el autor que, como ingeniero en jefe, nos regala una obra literaria de gran densidad conceptual, riqueza imaginativa y sentido del humor, que cautiva al lector desde el primer momento. Todo ello desde lo *micro* que configura el género.